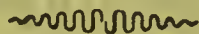


# **EL TEATRO.**

**COLECCION**  
**DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.**



## **LA CAMPANA DE HUESCA,**

**DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.**



**MADRID.**

**IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.**

**1862.**

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Areanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas:  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de hereneas.  
Amor, poder y pelueas.  
Amar por senas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenea.  
Barómetro conyugal.  
Bienes maladquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empuñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos entra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no eae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rasear...  
El hombre negro.  
El fin dela novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El oneeno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Gareia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El eiego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El eonde de Monteeristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huéspeda.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indieios vehementes.  
Isabel de Médieis.  
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escuela del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoria)  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor euna.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los lazos del viejo.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.

Llueven hijos.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

# LA CAMPANA DE HUESCA.





[361:16]

# LA CAMPANA DE HUESCA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

Para representarse en el teatro de Novedades en el mes de Octubre  
de 1862.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

## PERSONAJES.

## ARTISTAS.

---

DOÑA TERESA DE URREA.	SRA. ORTIZ.
ESTRELLA.....	SRA. MONTESINOS.
D. RAMIRO II DE ARAGON.	SR. FARRO.
D. LOPE FERRENCH DE LU- NA.....	SR. GALVAN.
DIEGO DE ORBAZ.....	SR. LOPEZ.
LUPO, pastor.....	SR. QUINTANA.
ELIEZER, mercader judio...	SR. MONTAÑO.
D. FERRIZ MAZA DE LI- ZANA.....	SR. VEGA.
D. GARCIA DE VIDAURE..	SR. DETRELL.
AZNAR.....	SR. GALVAN (ANT.).
GONZALO.....	SR. MONTENEGRO.
. Caballeros, monteros, pajes, soldados.	

---

Aragon, en 1136.

La accion se supone: el primer acto en las cercanias de San Juan de la Peña, el segundo en un castillo en las inmediaciones de Huesca, y el tercero en el alcázar real de aquella ciudad.

---

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Maria Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con los que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Para que el público encuentre en esta obra una cosa digna, coloco al frente de ella el nombre ilustre del patriarca de nuestra moderna literatura dramática.

La ciega adoracion y la gratitud juntamente, me impelen á dedicar á V. este humildísimo trabajo.

V., protector siempre de la juventud entusiasta, recibirá benévolo estas líneas, hijas del profundo cariño que le profesa su admirador y amigo Q. B. S. M.

El Autor.

Madrid y Octubre de 1862.

*Don. Rev. Aparicio*





## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un lugar agreste y pintoresco en las cercanías de San Juan de la Peña. Al fondo una cordillera de altas montañas, que prolongándose por los lados forman de la escena una cañada ó barranco: el foro cortado en el centro por un torrente que baja á ocultarse por la derecha, y suspendido entre los dos picos salientes de la roca un puentecillo formado de troncos y al que se sube por un camino que principiando en la escena, atraviesa por entre las peñas: detrás del torrente y á todo foro se divisan inmensos bosques y llanuras terminadas por montañas cubiertas de nieve. Á la derecha las ruinas de una torre gótica, tapizadas de yedra. Á la izquierda y en la segunda caja un sendero que conduce fuera de la escena: toda esta sembrada de rocas, abetos y maleza que la den un tinte salvaje y agradable á la vez. Es de noche y la luna ilumina débilmente el paisaje.

### ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon aparecen D. FERRIZ MAZA DE LIZANA, DON GARCIA DE VIDAURE y varios NOBLES, todos armados y rodeando á D. LOPE FERRENCH DE LUNA. Algunas teas esparcidas por la escena, ya en manos de los actores, ya colocadas en las grietas de los peñascos, iluminan el cuadro y le dan un carácter severo y misterioso.

LOPE. (Con solemnidad.)  
Es la verdad, á mi pesar lo digo,

nadie hay que el daño á remediar se atreva  
y antes de mucho, sin timon, perdida,  
en vapor convertida su grandeza,  
naufragará la nave del Estado  
en un mar de deshonra y de vergüenza.  
Solo hoy un medio, resplandor luciente,  
puede guiar nuestra fatal carrera.  
¿Le jurais aceptar?

TODOS. (Extendiendo sus manos.) ¡Si lo juramos!

LOPE. Tan solo en él la salvacion nos queda.  
¿Qué es de Aragon desde que el cetro rige  
y en su trono esplendente se recuesta  
esa sombra fugaz de soberano,  
triste eslabon de la real cadena?  
¿Qué es de Aragon? ¡decid! Destino impio  
hácia un abismo sin tardar le lleva.

FERRIZ. Es cierto, si; mi frente encanecida  
se cubre de rubor y de vergüenza  
al contemplar la humillacion odiosa  
que sobre el reino y nuestros timbres pesa.

LOPE. ¿Dónde la gloria está de Iñigo Arista?  
De los Sanchos y Alfonsos ¿dónde quedan  
los frutos conseguidos? ¿qué se han hecho?  
¡polvo no mas, y el viento se los lleva!  
si el gran Alfonso en su ignorada tumba  
lograse alzar por dicha la cabeza,  
antes que ser testigo del oprobio,  
cien muertes ante Fraga prefiriera:  
ya no es el moro quien su hueste extiende  
desde el florido valle á la alta sierra,  
ni quien ¡oh humillacion! á estos lugares  
nos arrojó cual tímidas gacelas;  
no, no es el musulman; por nuestro oprobio  
Castilla es la que invade nuestra tierra,  
y quien hasta la misma Zaragoza  
conduce osada su triunfante enseña.

FERRIZ. Grande es el daño, mas culpables somos  
nosotros, de la infamia que nos cerca.

LOPE. ¿Cómo?

GARCIA. ¡Decid!

FERRIZ. Á don Ramiro el Monje,  
¿quién ciñó la corona aragonesa?

¿quién le alzó en el pavés? ¿quién fué á bus-  
al olvidado claustro, y de su diestra [carle  
logró arrancar el báculo, creyendo  
con ello conjurar negra tormenta?

Nosotros fuimos; sin pensar le alzamos  
alucinados por su estirpe régia.

GARCIA. Si los ojos fijamos en Ramiro  
no era alucinacion, deseo era  
de hallar para la huérfana corona  
no fuerte corazon, sino cabeza,  
monarca débil que amoldar quisiere  
su real poder á la pujanza nuestra.

FERRIZ. Asi fué ¡vive Dios! mas si el monarca  
al reino precipita en honda huesa,  
no habiendo trono do el poder resida,  
¿á quién dominaremos?

LOPE. (Como queriendo mediar.) Cosa es esta  
que no deja dudar; mas sin embargo  
cuestiones son á lo presente ajenas:  
un hombre existe que empuñando el cetro  
podrá recuperar nuestras grandezas.

FERRIZ. ¡Ese hombre será rey!

GARCIA. ¿Es digno de ello?

LOPE. Nadie mas digno en Aragon se encuentra.

FERRIZ. ¿Su sangre?

LOPE. Es sangre real.

GARCIA. ¿Tiene parciales?

LOPE. Nunca falta partido á la opulencia.

FERRIZ. ¿Tiene osadia?

LOPE. ¡Mucha!

GARCIA. ¿Osará acaso  
hasta nuestros derechos?...

FERRIZ. Se le enfrena.

Lo que hoy necesitamos es un hombre  
que gobierne el timon con mano diestra:  
salve la nave, que despues sabremos  
dar dique á su altivez si se revela.  
Hablar podeis; decid, ¿quién es el digno  
á recibir el cetro y la diadema?

LOPE. Don Pedro de Atares. (Con fuerza.)

GARC. El orgulloso  
magnate sin igual, cuya soberbia

- indignó á los que en Borja le buscaron  
para ofrecerle la real herencia?
- LOPE. Hoy llora aquella falta arrepentido  
en los oscuros claustros de Veruela.
- FERRIZ. Atares será rey.
- GARC. Quede sentado  
que admite al candidato la asamblea.
- FERRIZ. El día viene y el peligro acrece.
- LOPE. ¡Pero Atares!...
- FERRIZ. De la escondida cueva  
hoy bajamos al llano, don Ramiro  
deja á San Juan y se traslada á Huesca,  
partimos esta tarde; proclamado  
será Atares en vuestra fortaleza.
- LOPE. En mi castillo aguardo, vamos luego  
por extraviada y diferente senda  
al monasterio donde mora el monje;  
¡silencio y disimulo en nuestra empresa!
- FERRIZ. (Como corroborando las palabras de D. Lope.)  
No lo olvideis, constancia!
- GARCIA. La tendremos.
- FERRIZ. Á Huesca, recordad!
- TODOS. ¡Á Huesca!
- LOPE. ¡Á Huesca!
- (Todos se dan las manos: luego apagan las teas y se dirigen por diferentes sitios desapareciendo luego. D. Lope queda medio oculto por los arbustos viéndolos marchar: así que todos han desaparecido, se dirige con sigilo á las ruinas y dice alto lo que sigue. La luz es bastante clara.)

## ESCENA II.

D. LOPE y DIEGO, saliendo de las ruinas.

- LOPE. Ya, Diego, puedes salir,  
pues que nadie nos observa.
- DIEGO. ¡Gracias al cielo!
- LOPE. ¿Escuchaste?
- DIEGO. Sin que perdiese una letra.  
Apenas hace dos horas  
que por extraviada senda



como almugavar huido,  
logré trepar á estas sierras:  
dejo el caballo en el valle  
y hácia San Juan de la Peña  
á encontraros me dirijo;  
os hallo de centinela  
en el camino, los pliegos,  
donde mi señor expresa  
su voluntad, os entrego  
allí, y antes que pudiera  
hablar palabra, á estos sitios  
me conducis con cautela,  
quereis que espere escondido  
en esas ruinas, y apenas  
entro ahí, cuando en silencio  
esos descontentos llegan  
y escondido soy testigo  
de tan temeraria empresa.

LOPE. Como cumplo ¿cumplirá  
tu señor?

DIEGO. Locura fuera  
dudarlo; es aragonés  
y de noble descendencia.

LOPE. Hablar podemos sin máscara,  
pues que nadie nos observa.  
(Estremécese Diego y queda como humillado.)  
¿Qué hace Atares?

DIEGO. Suspirando  
en los claustros de Veruela,  
sueña con una corona  
para adornar su cabeza.

LOPE. Águila de raudo vuelo (Con feroz sonrisa.)  
hasta las nubes se eleva,  
llevando sobre sus alas  
el fuego de mi soberbia;  
fuego voraz, que á su tiempo  
la convertirá en pavesas: (Transición.)  
¿y qué quiere?

DIEGO. En ese rollo  
de pergamino lo expresa.

(Saca del pecho un pergamino.)

LOPE. (Lo toma y lee para sí.)

Este es: se obliga el buen conde  
á darme por recompensa  
una infinidad de gracias  
que atestiguan su largueza. (Con misterio.)  
Escúchame; ¿en sus arranques  
aun es fiero? su soberbia  
se doblgó ante el olvido  
á que el reino le condena?

DIEGO. Parece un monje.

LOPE. (Estremeciéndose.) ¡Reniego,  
Ordaz, de las apariencias!  
Un monje miré en Ramiro,  
creí muerta su grandeza,  
sin espíritu juzguéle,  
y al colocar la diadema  
de Aragon sobre su frente,  
se alzó gigante de piedra,  
con voluntades de bronce  
que mis ambiciones quiebran.

DIEGO. ¿No dicen qué es una sombra?

LOPE. Sombra que espanta, que aterra  
y que envuelve entre sus pliegues  
un abismo de grandezas.  
Le ven débil en sus hechos  
y se rien y le befan,  
mas temblarian medrosos  
cual yo tiemblo, si le vieran  
tigre que aguarda acechando  
que se descuide su presa.  
¡Mal haya el día que el cetro  
de Alfonso puse en su diestra!

DIEGO. (Aterrado.) ¡El Batallador!

LOPE. ¡Qué es esto:

¿por qué de ese modo tiemblas?

¿aun temes? ¿aun se levantan  
visiones que te amedrentan?

DIEGO. No sé... ¡por piedad!...

LOPE. (Con desprecio.) ¡Menguado!

¡En vano será que quieras  
negar la sangre maldita  
que circula por tus venas!

DIEGO. (Como cediendo á un arranque fiero.)

- ¡Don Lope!
- LOPE. (Con voz terrible y dominándole.)  
¡Esclavo!
- DIEGO. (Cayendo á sus plantas fascinado.)  
¡Perdon!
- LOPE. ¡Guay! que con tu propia lengua  
no te cuelgue de ese roble  
por castigar tu soberbia.
- DIEGO. ¡Oh! (Levantándose.)
- LOPE. No olvides nuestro pacto.
- DIEGO. Jamás... infernal cadena  
es, que á mi cuello prendida  
cual hierro ardiente le quema!
- LOPE. Basta.
- DIEGO. ¡Maldicion!
- LOPE. Escucha,  
partir importa.
- DIEGO. (Estremeciéndose y ap.) ¡Sin verla!
- LOPE. Sin embargo... en estos sitios  
necesito tu presencia...
- DIEGO. ¿Cómo? (Con júbilo.)
- LOPE. Partirá Melendo  
mi escudero, y á Veruela  
mis secretas instrucciones  
llevará!
- DIEGO. ¡Mi pecho alienta! (Ap.)
- LOPE. ¿En la corte te conocen?
- DIEGO. Nadie.
- LOPE. El rey...
- DIEGO. En su presencia  
no me ví nunca.
- LOPE. Está bien;  
hoy mi bondad te releva  
de ser el eterno espía  
de Atares: al punto á Huesca  
(Señalando á la izquierda.)  
ves á esperarme...
- DIEGO. ¡Qué escucho! (Ap.)
- LOPE. Mi esposa doña Teresa,  
que en una alquería próxima  
vive solitaria en ella,  
te seguirá; acompañado

de mis gentes, su litera  
custodiarás cuidadoso,  
y por ocultas veredas,  
de prisa, en aquel castillo  
que en la márgen del Isuela  
de mi estirpe renombrada  
es monumento de piedra,  
ireis á encerraros todos;  
yo os seguiré: en estas selvas  
se halla una joya preciosa  
que la suerte me reserva  
acaso para salvar  
del peligro, mi cabeza.

DIEGO. ¡Qué escucho! (Ap.)

LOPE. Hasta la alqueria  
te guiaré... ten prudencia  
y no olvides que del crimen  
(Con mucha intencion.)  
los lazos, cuando se intentan  
desatar, á la garganta  
se oprimen con nueva fuerza.

DIEGO. ¡Cierto! (Con amargura.)

LOPE. (Ap. y despues de arrojar sobre Diego una mirada  
terrible, dice sonriendo.)

¡Vamos!... (¡Aun es mio  
el cachorro de panteras!

DIEGO. (Al salir arroja una mirada sobre la escena.)

Volveré: ¡ay de tí si un dia  
tus fieros lazos se quiebran!)

(D. Lope sube por los peñascos, seguido de Diego,  
que obedece á una señal imperiosa del primero y  
desaparecen por la izquierda.)

### ESCENA III.

Despues de una pausa, LUPO sale apresurado por la derecha,  
examina la escena y corre á mirar hácia la izquierda. Luego  
DOÑA TERESA y AZNAR, por el puente.

LUPO. (Mirando.)

Son dos, allá van, no hay duda...  
por cierto buen paso llevan;



al través de los arbustos  
brillan sus trajes de guerra:  
¿quiénes serán? no adivino,  
mas me extraña su presencia  
en este valle desierto...

Yo no sé... ¿si acaso fueran  
de esas hordas de bandidos  
que recorren la frontera!...  
¡Válgame la Virgen! Debo  
sin dilacion á mi Estrella  
buscar, que segun costumbre  
á triscar por la pradera  
salió al apuntar el alba.

(Mirando hácia lo alto del foro.)

¡Qué veo? gentes se acercan  
ahora por allí, el torrente  
van á cruzar; suben, llegan...  
una dama y un soldado...

(Aparecen sobre el puentecillo Doña Teresa, comple-  
tamente cubierta con un velo, y Aznar: ambos ca-  
minan con recato.)

¡Es extraño!... ¡mas si fuera!...

(Lupo observa desde el proscenio, sin ser visto has-  
ta que lo indica el diálogo.)

TER. ¿Nadie nos espia? (Á Aznar.)

AZNAR. Nadie:

podeis respirar.

(Doña Teresa, ayudada por Aznar, desciende á la es-  
cena reconociéndola: Lupo, detrás de un árbol, ob-  
serva sin ser visto.)

LUPO. (Con sorpresa.) ¡Es ella!

¡es Aznar!

TER. Gracias al cielo  
que el fin veo de la senda...

(Señala la derecha á Aznar.)

¿Por allí?

AZNAR. Si, por allí.

LUPO. Me buscan... salir es fuerza  
á su encuentro.

(En voz alta y dirigiéndose á los dos.)

¡Deteneos!

TER. y AZN. (Deteniéndose, la primera con espanto, el segun-

do echando mano á la daga.)

¡Un hombre!

LUPO. ¡Doña Teresa!

AZNAR. (Reconociéndole.)

¡Es Lupo!

TER. (Con alegría, corriendo hácia él.)

¡Es él!

LUPO. (Corre á besarle la mano; ella se descubre.)

Mi presencia

no os cause temor, señora.

TER. ¡Ay, Lupo! te trae ahora  
ante mí la Providencia.

LUPO. Cuando tanto os exponeis  
y así el peligro olvidais,  
mucho en ella confiais,  
fé en su proteccion teneis.

TER. ¡En ella tan solo fio!  
Buen Aznar, tú sobre el puente  
avisa si viene gente.

LUPO. ¡No sé qué piense, Dios mio!

(Aznar sube al puentecillo de observacion; Doña Teresa toma de la mano á Lupo y lo baja hasta el proscenio: escena rápida.)

TER. Lupo, tal vez llego á verte  
por la vez postrera ahora.

LUPÓ. ¡Buen Dios! ¿qué decis, señora?

TER. Mis sobresaltos advierte.

¿Le has visto, Lupo?

(Fijando en el pastor una mirada penetrante.)

LUPO. Le ví.

TER. Habla y calmarás mi afan. (Estremecida.)

¿Dónde le viste? ¿en San Juan?

¿en el palacio?

LUPO. No, aquí.

TER. ¡Aquí! (Sorprendida.)

LUPO. Por mayor cautela  
busca á su cariño espacio:  
ya no voy á su palacio,  
porque él viene á mi chozuela.

TER. ¿Será verdad? (Estúdiase.)

LUPO. Cierta dia...

no hace mucho tiempo á fé,

que al visitarle noté  
en él gran melancolia:  
aunque siempre dominado  
por la tristeza le encuentro,  
creí que un nuevo tormento  
le tenía subyugado.

Preguntar por su querella  
prohibíame el respeto,  
cuando él, mostrando secreto,  
dijo: ¡vela por mi Estrella!

¿Acaso abrigáis temores?  
le repliqué acongojado;  
y él respondió: resguardado  
nadie se halla de traidores;  
todo en la córte se empaña,  
gasta cautela y espacio,  
no vengas nunca al palacio,  
yo iré á verte á la montaña.

Y desde la órden aquella  
jamás anochece un día,  
sin que lleno de alegría  
deje de ver á su Estrella.

Mas su candor y belleza  
no son tampoco bastante  
á borrar de su semblante  
las huellas de la tristeza.

TER. Respeta en nombre de Dios,  
Lupo, tan fatal misterio;  
un trono y un monasterio  
nos separan á los dos;  
explicaciones no exijo,  
¡calla!...

LUPO. Perdonad, señora.

TER. Por lo que aquí vengo ahora  
no es por él, es por mi hijo.  
Veinte años son de amargura  
que sus ausencias deploro,  
veinte años son que hasta ignoro  
dónde está su sepultura.

LUPO. El recuerdo palpitante  
de ese fruto idolatrado  
se mira también grabado

de continuo en su semblante.

TER. ¿Y aun recuerda?...

LUPO. Nada olvida,  
que en medio de sus dolores  
la historia de esos amores  
es la historia de su vida.

TER. La muerte aqui me dejaron  
aquellos dias de afan!

LUPO. Mejores tiempos vendrán.

TER. ¡Para no volver pasaron!  
Amé niña con delirio,  
y en alas de mi pasion  
alcancé por galardón  
la corona del martirio!  
¿Le has dicho?...

LUPO. De ningun modo:  
aun vuestra existencia ignora;  
sigo cumpliendo, señora,  
vuestra voluntad en todo.

Mas á veces he tenido  
tentacion de confesarle,  
tan solo por consolarle...

TER. ¡Lupo, prudencia te pido!

LUPO. Descuidad. ¿Y vuestro esposo?

TER. Tan irascible, tan fiero  
como cruel y severo  
conmigo.

LUPO. Si cauteloso  
adivinó...

TER. Su ambicion  
solo le subyuga y ciega,  
y todo entero se entrega  
á su terrible pasion.

LUPO. ¡Á tal hombre vos unida  
vuestra desgracia es completa!

TER. La desgracia me sujeta  
desde que empezó mi vida.  
Mas no es hora de llorar,  
hora solo es de explicarte  
el por qué vengo á buscarte.

LUPO. Señora, podeis hablar.

TER. Lupo, antes de anocheecer



(Con precipitacion toda esta escena.)

parto á Huesca; de mi esposo  
temo algun mal; misterioso  
cual nunca le llego á ver.

En su castillo encerrada  
me hallaré; en mi pensamiento  
con negro presentimiento  
contemplo aquella morada.

¿De Farfan?

LUPO. Nada he sabido:

dos años hace, señora,  
que partió, sin que hasta ahora  
noticias haya tenido.

TER. En vano ¡ay, Dios! confiaba  
en él, y mi bien creia  
que en sus labios me traeria:  
¡como siempre me engañaba!  
¡Acaso murió!

LUPO. Leal

era; tan solo la muerte  
que falte infiel de esa suerte  
puede hacer.

TER. ¡Suerte fatal!

Mi pensamiento no alcanza  
á contemplar su amargura,  
porque en mi pecho aun fulgura  
un átomo de esperanza.

Tal vez la suerte ó la muerte  
á Farfan cortó el camino;  
tal vez fué de su destino  
víctima, no de mi suerte.

LUPO. Calmad vuestro afan, señora.

TER. Busca un nuevo mensajero,  
y diligente, ligero,  
haz que parta sin demora  
donde noticias le den;  
que recorra con porfia  
entera la Andalucia  
y aun el África tambien!

LUPO. Pero...

TER. ¡Calla! (Sollozando.)

LUPO. Mas si vos

- os hallais presa.
- TER. De Aznar,  
Lupo, bien puedes fiar.
- LUPO. Tan solo confío en Dios.
- AZNAR. (Baja con precipitacion.)  
¡Presto!
- LOS DOS. ¿Cómo?
- AZNAR. Viene gente.
- TER. (Con precipitacion, dirigiéndose al puentecillo.)  
¡Por aqui huyamos!...
- AZNAR. Tened,  
y que es imposible ved  
á tiempo ganar el puente.
- LUPO. ¡Vienen! (Mirando á la derecha )
- AZNAR. ¡Llegan!
- TER. ¡Soy perdida!
- LUPO. Venid, no tembleis ahora;  
yo os conduciré, señora,  
por una senda escondida.  
Venid, venid por aqui.  
nuestra marcha ocultará  
el ramaje.
- TER. ¿Quién será?  
(Arroja una mirada de terror hácia la derecha.)  
¡Estoy temblando! ¡ay de mí!  
(Doña Teresa apoyada en Lupo éntrase por una sen-  
da de la derecha. Aznar les sigue mirando hácia la  
izquierda, y puesta la mano sobre el puño de su es-  
pada.)

#### ESCENA IV.

Despues de una pausa, DIEGO aparece por la izquierda y baja á  
la escena.

- DIEGO. Libre un instante me veo  
de su observacion constante  
y quiero dar un instante  
libertad á mi deseo.  
Valle que al triste convida  
á llorar su desventura,  
dí si tornó á tu espesura

aquel arcangel de vida.  
Dan los recuerdos placer  
y muerte dan juntamente...  
Se oye rumor... viene gente...  
¡qué he mirado! ¡una mujer!  
¿Es la imagen que grabada  
conservo en el corazon,  
ó es una dulce ilusion  
de mi mente acalorada?  
le esperaré ocultamente:  
¡ay, me mata la alegria!  
(Se oculta tras un arbusto.)

### ESCENA V.

DICHO, ESTRELLA, que baja por las peñas de la derecha, como examinando la escena: trae un ramillete de flores silvestres en la mano.

EST. (Mirando hácia el puente.)  
¡Aun no vino! ¡Cada dia  
le aguardo mas impaciente! (Se sienta.)  
No sé qué poder constante  
ejerce en mí, que afanosa  
solo me encuentro dichosa  
cuando veo su semblante.

DIEGO. ¿Qué dice? (Ap.)

EST. ¡Mi pensamiento  
tras él dirige sus vuelos!

DIEGO. ¿Qué oigo! comienzan los celos  
á darme crudo tormento!

EST. ¡Escuchará mi querella!

DIEGO. ¡Se estremece el corazon!  
¡Estrella! (Saliendo.)

EST. ¡No es ilusion!

¡Qué veo! ¡Diego!

DIEGO. ¡Mi Estrella!

Mi nombre no has olvidado!  
pero me acosa el pesar,  
hermosa... de que al llegar,  
otro nombre has murmurado!  
Acaso el de un ser dichoso,

- el de un venturoso amante.
- EST. ¡Me juzgas tan inconstante  
ofendiéndome celoso!
- DIEGO. ¡Ay, triste, mi daño espero!
- EST. En una noche sombría  
á mi cabaña volvía  
por un estrecho sendero. (Con sencillez.)  
De pronto, un rumor violento  
viene á agitar la maleza;  
miro y tiemblo... la cabeza  
veo de un oso sangriento.  
Á dar un grito no acierto,  
en tierra me desmayé,  
mas al volver te miré  
junto á mí, y el oso muerto.  
Estrella no se olvidaba  
de tí, Diego, y no te asombre.
- DIEGO. ¡Que no me asombre y á otro hombre  
con impaciencia esperaba!
- EST. Le aguardo aunque no te cuadre...  
(Cambiando de tono y con mucha dulzura.)  
mas de tus dudas me quejo!...
- DIEGO. ¿Y esperas?
- EST. (Con viveza.) Á un galán viejo.
- DIEGO. ¿Cómo? (Sorprendido.)
- EST. (Con ternura.) Mi segundo padre.
- DIEGO. ¿Será verdad? (Con alegría.)
- EST. Un anciano  
de bien misteriosa historia,  
cuyo cariño es mi gloria.
- DIEGO. ¿Su nombre?
- EST. Por él me afano.
- DIEGO. ¿Lo ignoras?
- EST. Creo que sí.  
Don Fortun llaman á ese hombre,  
pero no es ese su nombre.
- DIEGO. ¿Cómo?
- EST. Así lo comprendí.
- DIEGO. ¿Y no te infunde inquietud?...
- EST. De mi niñez le encontré  
junto á mí, siempre le hallé  
con tierna solicitud.



DIEGO. ¿Y no sabes?

EST. Mi razon  
que se ofusca considero,  
tan solo sé que le quiero  
con todo mi corazon.  
Á esperarle vengo aqui,  
y encontrarle aqui pensé...  
mas hoy nueva dicha hallé.

DIEGO. ¿Cómo?

EST. La de hallarte á tí. (Con dulzura.)

Este ramo calmará  
de tu pecho los temores,  
eran para él esas flores...  
mas de ello se alegrará.

DIEGO. (Tomando enagenado el ramillete, colocándolo sobre su pecho.)

Dios premie, dueño adorado,  
tu cariño verdadero:  
dichoso me considero,  
mi dolor dejo olvidado.  
Admite con tu bondad  
esta reliquia sagrada,  
que llevo al cuello colgada  
desde mi primera edad:  
ella algun misterio encierra.  
Toma.

(Le dá una reliquia ó amuleto, que lleva al cuello pendiente de una cadenita.)

EST. Le admito.

DIEGO. Mi historia  
tiene en él su ejecutoria.

¡Ya no hay mas dicha en la tierra!

EST. Seré á mi promesa fiel.

DIEGO. No es mi juramento vano.

Mas gente llega... ¡Un anciano!

EST. ¡Qué veo!

DIEGO. ¡Acaso!...

EST. ¡Si, es él!

(Sobre el puentecillo aparece Ramiro vestido humildemente y apoyado en un palo nudoso y grueso. Estrella dá una exclamacion de alegria y corre á su encuentro, ayudándole á bajar al proscenio. Diego

apartado lo examina atento.)

## ESCENA VI.

DICHOS, D. RAMIRO.

EST. ¡Padre mio!  
RAM. ¡Hija querida!  
EST. Apoyaos sin temor:  
mucho tardasteis, señor;  
dudé de vuestra venida.  
(Le conduce al banco y Ramiro se sienta sin veraun  
á Diego.)  
RAM. ¡Ingrata!  
EST. ¡Señor, perdon!  
RAM. ¿No sabes por experiencia  
que dá, niña, tu presencia  
la vida á mi corazon?  
EST. ¡Hoy tengo dichosa suerte!  
RAM. (Deteniéndose ante Diego.)  
¿Cómo?  
EST. Él es, si no lo olvida,  
señor, quien me dió la vida  
dando á una fiera la muerte.  
(Estrella presenta á Diego á D. Ramiro: este le exa-  
mina.)  
DIEGO. ¡Señor!  
RAM. ¡Me deja asombrado! (Ap.)  
Buen talle... bella presencia...  
hay valor... inteligencia  
en ese rostro tostado.  
¿Quién eres?  
DIEGO. No sé mi cuna.  
RAM. ¿Es tu fortuna?  
DIEGO. (Con amargura.) ¡Traidora!  
RAM. ¿Tienes fé?  
DIEGO. (Con firmeza.) Mucha.  
RAM. ¿Y ahora  
sirves?  
DIEGO. Á Lope de Luna.  
RAM. ¿Ambicionas?  
DIEGO. La ambicion

- encomiéndola á mi espada.
- RAM. (Ap.) (Mucho el mancebo me agrada:  
voy cobrándole afición.)  
Salvaste á Estrella, lo sé  
há dias por boca de ella.
- DIEGO. Señor, al salvar á Estrella  
cumplido un deber dejé.
- RAM. No cabe en tu pecho orgullo,  
me vas dejando asombrado!  
¿Y nunca te ha fascinado  
de la soberbia el arrullo?
- DIEGO. ¡Soberbia!
- RAM. Reina en el hombre.
- DIEGO. Que vale... tristezas llevo!
- RAM. ¿Cómo te llamas, mancebo?
- DIEGO. Diego de Ordaz es mi nombre.
- RAM. ¿Tu patria?
- DIEGO. Pasé mi vida  
primera en Fraga.
- RAM. ¡Qué oí! (Ap
- DIEGO. Jamás padres conocí  
en mi existencia perdida.
- RAM. ¡Ay! Abrazadme los dos...  
yo en vuestro cariño gano:  
hoy las canas del anciano  
de nuevo bendice Dios!  
(Los dos jóvenes le abrazan.)  
Pero, Estrella, avanza el dia;  
á Lupo, tu padre, quiero  
hablar... encontrarle espero,  
pues en su busca venia.
- EST. Vamos pues... Diego vendrá  
con nosotros... no tardemos:  
si acometidos nos vemos,  
él, padre, nos salvará.
- DIEGO. ¡Estrella!
- EST. Seré imprudente  
si os digo... mas lo diré...  
há seis dias que encontré  
en los bordes de la fuente,  
que brota de aquella altura,  
y en su musgo recostado,

- un hombre, un hidalgo armado,  
que me sigue á la ventura:  
de entonces acá le ví  
tres veces en la montaña,  
y tenaz á la cabaña  
se vino detrás de mí.
- RAM. ¿Palabras te dirigió?
- EST. Que yo jamás escuché;  
constante le desprecié...
- DIEGO. (Ap.) ¡Villano!
- EST. Firme me halló.
- RAM. ¡Dios mio! (Remediamos  
eso...) Deja tus temores;  
libres de espías traidores,  
Estrella, nos hallaremos.  
(¡Ya tiemblo!...) Fuera locura  
creer... mas suena rumor...  
(Mirando al fondo derecha.)
- DIEGO. ¡Vienen! (Yendo al fondo.)
- RAM. (Con sobresalto, dirigiéndose hácia la izquierda.)  
¡Vamos!
- DIEGO. ¡Un pastor!
- RAM. ¿Cómo? (Deteniéndose.)
- EST. (Que al aviso de Diego ha ido tambien al fondo.)  
¡Mi padre! ¡Oh ventura!
- RAM. ¡Él! Retiraos los dos...  
Vé, Estrella, á tu casa luego.
- EST. ¡Padre! (Le abraza.)
- RAM. Custódiala, Diego.
- DIEGO. ¡Señor!
- RAM. ¡Que os bendiga Dios!
- (Estrella, guiada por Diego, desaparece por la izquierda. Á poco Lupo asoma por la derecha, y al reconocer á D. Ramiro corre á él.)

## ESCENA VII.

D. RAMIRO, luego LUPO.

- RAM. Es Lupo... por los peñascos  
como una gamuza salta,  
y con los años parece



que cobra nueva pujanza.  
Espejo de lealtades,  
nadie su nobleza iguala,  
y él inspira al pecho mio  
el fuerte ardor que le falta.  
¡Lupo! (Al verle.)

LUPO. (Se quiere arrodillar.)  
¡Qué veo! Señor,  
permitid que á vuestras plantas,  
pues nadie nos ve, me humille.

RAM. Levanta, Lupo, levanta:  
mas digno premio mis brazos  
á tus lealtades guardan.  
Vengo en tu busca.

LUPO. Sabeis  
que mi obligacion sagrada  
es serviros; há treinta años  
es mi voluntad esclava.

RAM. Nunca olvido tu nobleza,  
tanta como mi desgracia,  
tú lo sabes... tú no ignoras  
que siempre feroz avanza  
del mas amargo destino  
contra mí la dura saña.  
Pues bien, olvidando ahora  
las desventuras pasadas,  
sueños de sangre que cruzan  
por mi mente acalorada,  
de mis dolores presentes  
esprimir quiero la llaga,  
para buscar el remedio  
en tu lealtad probada.

LUPO. Hablad, señor.

RAM. La corona  
que me ciñó la desgracia  
candente sobre mis sienes;  
por mis venas se dilata.  
No basta si sobre el reino  
negra tempestad avanza,  
preciso es tambien que el árbol  
augusto que se levanta  
en estos riscos, traiciones

dé por frutos en sus ramas.  
La tea de la discordia  
arde voraz... sofocarla  
nadie puede... la nobleza  
al mismo solio amenaza...  
temo y dudo... y no me atrevo  
á mi vez á castigarla.

LUPO. ¿Y qué hacer?

RAM. ¡Toma!

(Saca un pergamino sellado y rollado, que le entrega.)

LUPO. (Tomándolo.) Señor,  
mandad.

RAM. Oye: sin tardanza  
á San Pedro de Tomeras  
diriges, Lupo, tu planta.  
Al llegar al monasterio  
muestra el pomo de esta daga:

(Saca una daga de entre su vestido, que dá tambien al pastor.)

pide ver... sin dilacion,  
al abad de aquella casa;  
dále ese rollo en mi nombre:  
su contestacion aguarda...  
sigiloso, prevenido  
toda tu astucia te valga:  
vé luego á encontrarme á Huesca,  
y allí mi impaciencia calma.

LUPO. Está bien. (Resuelto.)

RAM. Hombres leales  
serán de mi Estrella guardas.  
Vé, no tardes... años son,  
Lupo, las horas que pasan.

ELIEZER. (Desde dentro.)

¡Socorro! ¡socorro!

RAM. ¡Cielos!

¿quién conmueve la montaña  
con esos gritos?

LUPO. Un hombre,  
judío, segun la traza,  
aterrado hácia aqui llega.

RAM. ¡Presagio alguna desgracia!

## ESCENA VIII.

DICHOS, ELIEZER, baja despavorido por el fondo y corre á los pies de los dos como pa ra ampararse: luego bajan tras él GONZALO y soldados. Por último, LUNA y soldados sobre el puente.

ELIEZER. ¡Socorro!... salvad , salvad  
á un infeliz, por favor!

GONZ. (Avanzando y sin ver á D. Ramiro, medio oculto de-  
trás de Lupo.)

¡Muera ese perro traidor!

SOLD. ¡Muera!

LUPO. ¡Teneos!

ELIEZER. ¡Piedad!

LUPO. Tened, viles, compasion!

GONZ. Es un maldito hechicero,  
sus joyas y su dinero  
nos dará sin dilacion...

LUPO. ¡Atrás!

GONZ. Y aunque tú no quieras;  
y despues de despojado,  
en aquel roble colgado  
será pasto de las fieras.

ELIEZER. ¡Salvadme!

LUPO. ¡No, por mi vida!  
(Rechaza á los soldados.)

GONZ. ¿Á resistirnos te atreves?  
¡Morireis los tres, aleves!

SOLD. ¡Si!

LUPO. ¡Canalla maldecida!

GONZ. ¡Mueran!

SOLD. ¡Mueran!

GONZ. De la ley  
aquí somos los señores!..  
á ellos!

SOLD. ¡Á ellos!

(Los Soldados acometen. D. Ramiro se descubre y  
se presenta con arrogancia; todos dan un paso há-  
cia atrás aterrados.)

RAM. ¡Traidores!

GONZ. ¡Es el rey! (Espantado.)

SOLD. y ELIEZER. ¡El rey!

LOPE. (En el fondo.) ¡El rey!!

(Todos quedan aterrados. D. Ramiro con arrogancia, Eliezer de rodillas fijando en él los ojos con fuerza y elevando los brazos al cielo. Lupo detrás de Don Ramiro con la daga en la mano y pronto á arrojarla sobre los Soldados. En el fondo, sobre el puente, D. Lope y Soldados. Cae el telon con rapidez.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**



---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa un salon de arquitectura árabe en el Castillo de Luna. Al fondo escalinata que sube á una galeria transversal con una gran puerta en el centro. Á la derecha, en primer término, otra puerta tambien con escalinata y forrada en plomos. En segundo una ventana. Á la izquierda, en primero y segundo término, dos puertas cubiertas ambas con tapices. La escena adornada con trofeos y muebles de la época.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen en la escena DOÑA TERESA y AZNAR junto á la ventana.

AZNAR. Miradlo vos, no me engaño,  
allá lejos se levanta  
un torbellino de polvo  
que por el camino avanza.

TER. ¡Si, si, le veo, le veo!

AZNAR. Aunque es larga la distancia  
presto llegarán, segun  
lo rápido de su marcha.

TER. Será don Lope, no hay duda.

AZNAR. Si á fé... veloces cabalgan,  
se ocultan tras la colina,

pronto desde la muralla  
hará el vigia señal  
para anunciar su llegada.

TER. Tiemblo... ¡ay Dios!

AZNAR. Si me descuido  
en el camino me alcanzan.

(Se separan de la ventana.)

TER. ¡El cielo nos favorezca!  
Aun es tiempo... sin tardanza  
dí, ¿qué has hecho?

AZNAR. Cual mandasteis  
me dirigí á la cabaña  
de Lupo, mas en el valle  
le encontré que se ausentaba.

TER. ¿Cómo?... ¿Qué dices?

AZNAR. Lo cierto.

TER. ¡Profunda inquietud me causa!  
¿Y adónde se dirigia?...

AZNAR. Era un viaje de importancia,  
cuyo secreto guardó.

TER. ¿Y será su ausencia larga?

AZNAR. Corta segun creo.

TER. ¿Iba  
solo?

AZNAR. No, se acompañaba  
del fiel perro que le sigue  
siempre y el rebaño guarda.

TER. ¿Dijo á quién obedecia?

AZNAR. Tan solo que le importaba  
guardar misterio, que presto  
tornaria á su cabaña  
y á visitarnos vendria  
al castillo sin tardanza.  
Dijo que serios peligros  
al monarca amenazaban,  
y que sin embargo, pronto  
tal vez vuestra suerte infausta  
cambiase por otra.

TER. ¡Cielos!  
si asi fuese... ¡ilusion vana!  
tú lo comprendes, Aznar,  
tú me ves encadenada

junto á un tigre, tú no ignoras  
mi historia triste y amarga.

AZNAR. Es verdad... yo he sorprendido  
vuestros suspiros y lágrimas,  
y aunque mi pecho es de bronce  
tiemblo de dolor y rabia  
á la vez, al contemplar  
vuestra constante desgracia.

TER. Estoy en este castillo  
há dos dias encerrada:  
cruzando montes y valles  
por veredas extraviadas  
se me condujo á este sitio,  
cuyo recinto me espanta:  
silenciosos escuderos  
mi litera custodiaban;  
ese hombre desconocido  
mis temores aumentaba.

AZNAR. ¡Diego de Ordaz!

TER. Su presencia  
misteriosa, miedo causa;  
cuando á mi lado aparece  
me amedrenta, me acobarda,  
parece un génio maléfico  
que en mi senda se levanta.

AZNAR. Entre ese Ordaz y don Lope  
algo misterioso vaga.

TER. ¡Si en perseguirme inhumano  
el destino se cansara!  
¡Si en mi corazon cayese  
un átomo de esperanza!

(Suená á lo lejos un clarín, que es contestado por  
otro.)

¡Ah!

AZNAR. ¡Ellos son!

(Ambos corren á la ventana.)

TER. Si, no hay duda,  
es don Lope!

AZNAR. El rollo pasan...  
llegan al puente... contestan  
y su calidad declaran:

(Se oye el ruido de las cadenas del puente y luego

el golpe de éste al caer.)

¡calan el rastrillo... cruzan!

TER. ¡Aznar, el cielo nos valga!

AZNAR. ¡Señora!...

TER. Negros presagios  
hoy mi corazon asaltan.

AZNAR. No temais; son siempre vuestras  
mi voluntad y mi espada,  
por vos mi suerte, mi vida  
con gusto sacrificara.

TER. Sé cuánto vales y fio  
en tu lealtad probada.

AZNAR. Podeis fiar... sin perder  
un momento, á vuestra estancia  
marchad... escucho que llegan.

TER. ¡Vela, Aznar!

AZNAR. Id descuidada.

(Doña Teresa, despues de un momento de ansiedad,  
se retira por la segunda puerta de la izquierda.)

AZNAR. (Yendo al foro.)

No me engañé, se aproximan:  
es don Lope... le acompaña  
ese escudero maldito,  
de Atares... mi mente asaltan  
tristes pensamientos, siempre  
ese Ordaz males presagia:  
es ave de mal agüero...  
se acercan en viva plática...  
si lograse oirlos, puede  
que evitase una desgracia...  
sí, sí... el torreón abierto  
y abandonado se halla...  
entro en él... para salir  
el cielo me dará traza.

(Éntrase en la primera puerta de la derecha, entor-  
nándola.)



## ESCENA II.

Despues de una pausa, por el fondo bajau á la escena D. LOPE  
y DIEGO.

LOPE. ¿No hubo novedad?

DIEGO. Ninguna,  
señor... todo yace en calma;  
sin accidente llegamos  
al castillo, donde se halla  
há dos dias vuestra esposa  
cual mandasteis custodiada.

LOPE. ¿Á esta fortaleza nadie  
ha dirigido su planta?

DIEGO. Vos habeis sido el primero  
que traspasais sus murallas.

LOPE. Está bien. Escúchame:  
vas á partir sin tardanza  
á Huesca: junto á San Pedro,  
en sus muros incrustada,  
de un antiguo servidor  
hay una humilde cabaña;  
en ella Pedro Atares  
sin duda alguna se halla.

DIEGO. ¿Qué decis?

LOPE. Si; mi escudero  
fué en su busca; órden llevaba  
de traerle disfrazado:  
allí los dos se recatan,  
para llegar á este sitio  
un aviso mio aguardan.

DIEGO. Y ese aviso..

LOPE. Lo darás:  
salvais la corta distancia  
que á la ciudad del castillo,  
Diego, divide y separa;  
del rio junto á la orilla  
llegais... aguardais en calma  
que cierre la noche... al punto  
anunciais vuestra llegada  
con un toque de bocina

ó una hoguera; preparada  
tendré mi gente... Don Pedro,  
al penetrar en mi casa,  
lo haré como rey.

DIEGO. Señor...

LOPE. Juntados en esta cámara  
los descontentos, yo juro  
que quedará asegurada  
la corona en su cabeza  
en esta noche, y el alba  
al asomar... sobre el trono  
encontrará otro monarca.

DIEGO. Está bien.

LOPE. Nada hay que impida  
nuestra empresa meditada;  
rodando, del solio augusto  
caerá Ramiro mañana.

DIEGO. ¿Y no teméis?

LOPE. Nada temo,  
Diego; nada me acobarda.

DIEGO. Si os descubriesen...

LOPE. ¡Menguado!

¿Tan torpe juzgas al águila,  
que antes de tender su vuelo  
no haya probado sus alas?  
Todo lo tengo previsto;  
si por azar se quebrara  
el hilo donde se encuentran  
prendidas mis esperanzas,  
si al fin Ramiro saliese  
vencedor en la demanda,  
tal haré, que su soberbia  
sabré humillar á mis plantas.

DIEGO. ¿Qué decis?

LOPE. Es un misterio,  
una adquisicion preciada,  
que si naufrago, será  
al fin bienhechora tabla.  
Una mujer... rica joya  
que así mi destino aclara.  
Diré á Ramiro... «su vida  
es prenda de mi desgracia...

- ella ó yo.»
- DIEGO. ¡Negra sospecha!  
¡Tu astucia, señor, me pasma  
Y esa mujer...
- LOPE. Es misterio  
que al fin descubrió mi audacia.
- DIEGO. (¡Tiemblo... y no sé qué me asusta!)  
Señor... vuestra esposa airada  
tal vez quiera...
- LOPE. Cuando hallamos  
en nuestra senda una zarza  
que á nuestro paso se opone,  
Ordaz, se troncha ó se arranca!  
Mi esposa...
- DIEGO. Mas...
- LOPE. Generoso  
fuera por Dios si lograra (Con fiereza.)  
para sus llantos eternos  
encontrar cumplida calma.
- DIEGO. ¿Qué decis? (Espantado.)
- LOPE. Guarda en su pecho  
un dolor que lo desgarrar:  
es un misterio de sangre  
que no ignoro, y cuya causa  
con celos... no, con rencores  
mi corazon despedaza.  
Tú lo sabes... tú, que fiero  
me ayudaste á la venganza.
- DIEGO. ¡Oh, sí! sé que vuestra esposa  
(Con terror y amargura á la vez.)  
por un amor arrastrada,  
os fué desleal.
- LOPE. Enciende  
el recordarlo mi rabia...  
era ya mi prometida,  
cuando cediendo liviana  
al cariño de otro hombre  
mi deshonor declaraba:  
al ser su esposo, ya el fruto  
de aquella pasión bastarda  
existía... un hombre osado,  
un vil judío, por dádivas

á vengarme se prestó,  
y asaltando la cabaña  
del pastor Lupo, del niño  
de Doña Teresa guarda,  
robóle, y con mi deshonra  
huyó á ocultarse en el África.  
Mas ¡ay! en vano creía  
cicatrizada la llaga  
de mi honor... viviendo ciego  
solo en vengarme pensaba.  
Mi rival era terrible:  
en su frente coronada  
por los años de su vida  
las victorias se contaban;  
era Alfonso, el rey; juré  
y al fin cumplí mi venganza.

DIEGO. Es cierto, si; ¡qué recuerdo!

LOPE. Aun mi mente, alborozada  
lo abriga...

DIEGO. ¡Funesto día!

LOPE. ¡Bien haya el moro, bien haya!

DIEGO. ¡Es infame!

LOPE. Torpe esclavo,  
¿olvidaste con quién hablas?  
Diez años há me juraste  
obediencia...

DIEGO. (¡Que me mata!)

LOPE. ¡Ay si te olvidas! (Aparece Gonzalo en el fondo.)

GONZ. ¡Señor!

LOPE. ¿Eres tú? (Á Gonzalo.)  
(Á Diego, bajo.) Vé sin tardanza  
á Huesca... pronto... esta noche  
aquí al nuevo rey proclaman.  
Vé y no olvides; la señal  
espero en esa ventana.

DIEGO. Mas, señor...

LOPE. (Con imperio.) Parte.

DIEGO. (¡Las dudas  
mi corazón despedazan!)

(Hace una cortesía y se retira receloso. Luna le vé  
marchar, y en seguida hace una seña á Gonzalo, que  
baja al proscenio con precipitación.)



### ESCENA III.

D. LOPE, GONZALO.

LOPE. ¿Y bien?

GONZ. Señor, cual mandasteis  
todo preparado se halla.

LOPE. ¿Cuentas con gente de brio?

GONZ. De toda mi confianza.

LOPE. Cumplè, Gonzalo, mis órdenes  
y recompensa te aguarda.  
Esa jóven... ya lo sabes,  
conducida sin tardanza  
á este castillo será;  
sigilo, valor y audacia:  
al rey, como hace tres días,  
no hallarás en la montaña,  
nadie impedirá... si alguno  
lo intenta... lo sabes... mata! (Con ferocidad.)

GONZ. Bien, señor.

LOPE. No te detengas,  
tu vuelta espero con ansia.

GONZ. En cuanto cierre la noche  
partimos.

LOPE. Ven... en mi cámara  
te daré para la empresa  
instrucciones acertadas.  
(Se van por la primera puerta de la izquierda.)

### ESCENA IV.

Despues de una pausa AZNAR entreabre la puerta de la derecha y asoma primero y luego sale á la escena: á poco DOÑA TERESA.

AZNAR. (Entreabriendo y escuchando.)  
¡Nada resuena!...  
¿Será verdad? (Saliendo.)  
¡Negros misterios,  
que espanto dan,  
tras de esa puerta

logré escuchar!  
¡aun en mi mente  
girando estan,  
y me confunde  
su inmensidad!  
Si yo lograrse...  
¿Quién llega?

TER. (Saliendo por la puerta segunda de la izquierda.)  
¡Aznar!

AZNAR. Venid, señora;  
Temor dejad.

TER. (Corre á él ansiosa y con temor á la vez. Escena rapidísima.)

AZNAR. ¿Viste á don Lope?  
Le ví, y aun mas...  
tras esa oculto

(Señala la puerta primera de la derecha.)

logré escuchar  
fieros misterios  
que espanto dan.

TER. ¡Cielos!

AZNAR. Se trata  
de destronar  
al rey en esta  
noche fatal;  
los descontentos  
aquí vendrán  
antes del día.

TER. ¡Terror me dá!

AZNAR. Y mientras tanto,  
don Lope, audaz,  
aun de otro crimen  
prepara el plan.

TER. ¡Cielos!

AZNAR. El rapto  
de una beldad  
que á vuestro esposo  
podrá escudar  
contra la justa  
ira real.

TER. ¿Cómo?...

AZNAR. Gonzalo

presto saldrá  
la órden, con otros,  
á ejecutar.  
TER. ¡Oh Dios!  
AZNAR. Terrible  
la tempestad  
sobre nosotros  
rugiendo está.  
TER. Nos favorece  
la oscuridad:  
corre... y á Huesca  
vé sin tardar.  
AZNAR. ¿Cómo?  
TER. Si... al punto...  
Que sepan haz  
todo, quien pueda  
remedio dar:  
AZNAR. ¡Al rey acaso!...  
TER. ¡Trance fatal!  
Á quien tú juzgues  
nos salvará.  
AZNAR. Vuelo.  
TER. Si... vuela:  
para calmar  
mi incertidumbre,  
que una señal  
brille... (Señala la ventana.)  
AZNAR. Lo juro;  
en mí fiad.  
(Sale por el fondo con precipitacion.)  
TER. (Implorando al cielo.)  
¡Guia sus pasos,  
Dios inmortal!  
¡Qué veo!... ¡El conde!...  
(Mirando hácia la cámara de D. Lope.)  
¡Pavor me dá!  
(Aparece D. Lope con Gonzalo por la puerta de la  
izquierda. Gonzalo se vá por el fondo; el Conde vé  
á Doña Teresa, se estremece, y luego vá á ella con  
frialdad.)  
LOPE. (Á Gonzalo, que se vá.)  
Vé pues... (Vé á su esposa.)

¡Señora!

TER. ¡Ay! (Ap. como temerosa.)  
LOPE. ¡Perdonad!

## ESCENA V.

D. LOPE, DOÑA TERESA.

LOPE. (Ap.) ¡Ella! ¡Se agita en mi mente  
un siniestro pensamiento!

TER. (Tambien ap.)  
¡Un negro presentimiento  
se desliza por mi frente!

LOPE. Há poco, doña Teresa,  
que á este castillo arribé;  
si á vos antes no volé,  
os confieso que me pesa.

TER. (Ap.) Finge bien!...

LOPE. Mas se resiste  
mi cariño al encontraros...  
¡que siempre que llego á hablaros  
os haya de hallar tan triste!

TER. ¡Ilusion! (Con amargura.)

LOPE. No es ilusion:  
¿Os quebranta alguna pena?

TER. ¡Oh! si; terrible cadena  
que oprime mi corazon.

LOPE. ¿Lo veis?

TER. (Ap.) ¿Qué dije? ¡Ay de mí!  
¡me vendo!

LOPE. Claro se explica...  
ese mal que os mortifica,  
lo sé.

TER. ¿Lo sabeis vos?

LOPE. Si.

¿Cómo se me ha de ocultar,  
aunque fingirlo querais,  
la causa por que llorais  
y suspirais sin cesar?  
¿Cómo en mi mente borrada  
y sin huellas dejaria  
de aquella deshonra mia



la negra historia pasada?  
¡Oh! si, si; bien se me alcanza  
la causa de tal quebranto,  
mas el fuego de ese llanto  
aviva el de mi venganza.  
Con mi colosal orgullo  
me levanté de la cuna,  
y de la régia fortuna  
siempre me adormí al arrullo:  
el blason de mis mayores  
en mas que el trono estimaba...  
mas no... en el trono cifraba  
mis ambiciones mejores.  
Mi mano y mi nombre os dí  
y manchados los miré;...  
pensad si os respetaré  
cuando tal mengua sufrí.

TER. Os engañais; desolada  
antes de la union impia,  
os dije que no podia  
ser vuestra esta desdichada:  
os conté de otros amores  
la triste y perdida historia;  
os invoqué la memoria  
de vuestros nobles mayores;  
nada bastó: fiero, altivo,  
con mi padre celebrasteis  
el fiero pacto, y causasteis  
este tormento en que vivo.

LOPE. ¿Y por qué? necesitaba  
un apoyo verdadero  
para conseguir primero  
lo que en mi mente trazaba.  
Vuestra familia ofrecia  
tal apoyo... y mi ambicion  
fué de entonces mi blason  
unir con vuestra hidalguia.

TER. ¡Hombre vil!... bien se comprende  
cuanto de fiero se cuenta  
en mi daño y por tu afrenta!...  
(Conteniéndose.)  
¡Oh, Dios!...

LOPE. (Ap.) ¡Se vende, se vende!  
 TER. (Ap.) ¡Mal mi dolor se reporta!  
 LOPE. (Ap.) ¡Echada está ya su suerte!  
 TER. (Ap.) ¡Ya no me espanta la muerte!  
 LOPE. (Con ferocidad.)  
 La raíz que estorba, se corta!  
 Oid: os perdono el loco  
 empeño de incomodaros,  
 que para justificaros  
 habeis menester muy poco.  
 TER. ¡Cielos!  
 LOPE. Pronto llegarán,  
 por mis gentes convocados,  
 los ilustres convidados  
 que esta noche me honrarán.  
 Ricos hombres todos son,  
 como tales recibidos  
 serán... vienen decididos  
 para una... proclamacion.  
 Ha de ser régia la mesa  
 del banquete, y por mas brillo,  
 la sultana del castillo  
 sereis vos, doña Teresa!  
 TER. ¡Oh, Dios!  
 LOPE. ¿Tan corto favor,  
 señora, me negareis?  
 ¿Tan firme y cruel sereis?  
 TER. ¡Infame! (Ap.)  
 LOPE. (Mirando al fondo.)  
 Llegan.  
 PAJE. (En el fondo.)  
 ¡Señor!  
 LOPE. ¿Qué ocurre, Mendo, ¿qué ocurre?  
 PAJE. Crecida y fuerte mesnada  
 á la poterna se acerca,  
 muy dispuesta á traspasarla.  
 Vienen don Pedro Martinez,  
 don Ferrriz Maza Lizana,  
 don Garcia de Vidaure  
 y otros muchos, que cabalgan  
 con gran pompa y aparato  
 cubiertos de todas armas.

- LOPE. Pronto, que se abran las puertas  
y se franquee la entrada  
á todos esos hidalgos  
que llegan á honrar mi casa.  
Como lo mandé, las mesas  
con vinos y con viandas  
se cubran... que sea régia  
esta noche mi morada.  
(Váse el paje.)
- TER. Tiemblo... ¡si Aznar no ha cumplido!  
(Los dos aparte.)
- LOPE. ¡Si Diego no se retarda!...
- TER. ¡Que el rey lo sepa... Dios santo!
- LOPE. ¡Hoy al nuevo rey proclaman!
- TER. Esa señal... y que muera  
despues...
- LOPE. Mi impaciencia aguarda  
esa señal, como faro  
único de mi esperanza!  
(Estos ocho últimos versos, aparte ambos y con gran rapidez.)
- LOPE. (Alto.) Ya lo ois, doña Teresa,  
ellos se acercan, tirana  
no me negueis lo que os pido.
- TER. (¡Mi pecho se despedaza!)
- LOPE. ¿Vamos á su encuentro?
- TER. ¡Vamos!
- LOPE. (¡La raíz que estorba, se arranca!)  
(Vá á tomarla de la mano para dirigirse al fondo, cuando aparecen en él, Lizana, Vidaure y muchos caballeros mas. D. Lope vá á su encuentro con viveza: durante esta escena, varios pajes colocan en el centro del salon una mesa ricamente ataviada, servida é iluminada.)

## ESCENA VI.

DICHOS, D. FERRIZ MAZA DE LIZANA, D. GARCIA DE VIDAURE, CABALLEROS, PAJES y ESCUDEROS.

- LOPE. Que Dios traiga con bien á este castillo  
á los nobles varones

que miro con placer.

FERRIZ.

Ilustre Luna,  
sabeis nuestras sagradas intenciones:  
no como amigos que en holganza tratan  
gozar de su fortuna  
venimos á encontraros;  
mision severa nos obliga á hallaros.

LOPE.

Y yo, que tal suceso presumia  
y ya con impaciencia os aguardaba,  
recibiros queria  
cual cumple á mi linaje,  
y como veis, la fiesta preparaba.  
Mi bella y noble esposa  
hoy la reina será.

(Todos saludan.)

FERRIZ.

¡Señora!

LOPE.

(Ap.)

¡Gozo

con su dolor!

TER.

¡Dios mio!

LOPE.

(Ap. á su esposa.)

Ahoga ese sollozo...

¿no veis, señora, como yo me rio?...

La mesa se halla ya... presto los ecos  
de la bocina indicarán la cierta  
llegada de Atares, que ya monarca  
en esta noche llegará á esa puerta.

TER.

¡Infame! (Ap.)

LOPE.

¡Vamos!

(Indica la mesa. Todos se sientan.)

Vos... doña Teresa,

ocupad un sitio, el preferente  
en tan honrada y tan dichosa mesa.

TER.

(¡Siento estallar mi frente!)

LOPE.

Menos sentida nos será la ausencia  
y en la mesa mejor esperaremos.

Servidnos... (Á los criados.)

(Á los caballeros.) y gozad este sencillo  
tributo de cariño, que hoy ofrezco  
tras de los viejos muros del castillo.

Cien veces en campaña

juntos lidiamos por la patria mia,  
y del árabe audaz la fiera saña



juntos hundimos en glorioso día:  
hoy que al destino plugo  
unirnos otra vez, hoy que irritados,  
os veo con placer determinados  
á sacudir el vergonzoso yugo  
que nos tiene con mengua subyugados,  
porque veais la fuerza  
de mi palabra, que mi nombre abona,  
preparada le tengo  
al nuevo rey don Pedro esta corona.

(Quita un paño que cubria un azafate en el centro  
de la mesa y aparece una corona. Todos se levantan.)

TODOS. ¡Una corona!

LOPE. Si: ¡jurais, señores,  
sobre la frente de Atares ceñirla,  
lidiando hasta morir con los impios  
que lo impidan traidores?

FERRIZ. ¡Lo juramos!

TODOS. ¡Si!

LOPE. ¡Gracias! (Ap.) ¡Ya son míos!

(En este momento suena un clarín por la ventana  
derecha: asombro general. Todos se miran: D. Lope  
y Doña Teresa, como impulsados por un mismo pen-  
samiento, se separan á la vez de la mesa y van á la  
ventana, donde dan un grito de alegría.)

LOPE. ¡La señal!

TER. ¡La señal!

LOPE. (Ya en la escena.) ¡Bien se adivina!

TER. ¡Una hoguera!

LOPE. ¡Oh placer!... llama brillante,  
su roja lumbre brota en la colina.  
Se aproxima Atares.

(Volviéndose á sus convidados.)

TER. (Como horrorizada.) ¡Oh, Dios! ¡si fuera  
esa señal un sueño!

LOPE. No perdamos  
un instante... venid... le encontraremos...  
á recibirle vamos;  
dentro ya del castillo le hallaremos.

(Rumor dentro. Todos van á dirigirse al fondo. Do-  
ña Teresa queda como despavorida junto á la venta-

na. En esto, y antes de que nadie llegue á lo alto del foro, aparece en él el Rey, armado y rodeado de monteros y pajes con armas y luces. Asombro general. D. Lope se echa atrás espantado: todos los conjurados se replegan á los dos lados de la escena. El Rey baja poco á poco, seguido de sus servidores: lleva en la mano un dardo. Los pajes de las luces quedan en el fondo. Cuadro.)

## ESCENA VII.

DICHOS, RAMIRO, PAJES y MONTEROS.

TODOS. ¡El Rey!

TER. ¡Cielos!

LOPE. ¡Maldicion!

RAM. Siga la fiesta, señores;  
llego en feliz ocasion  
para calmar los dolores  
que abriga mi corazon.  
Enfermizo y olvidado  
en mi palacio real,  
de mi soledad cansado,  
en buscar luego he pensado  
remedio para mi mal.  
Vosotros me abandonais,  
ingratos, bien lo sabeis;  
y pues mi tormento veis,  
si me acerco adonde estais,  
señores, no lo extrañeis.

(Baja.)

¿Qué es eso?... ¿Ni un solo acento  
para celebrar mi entrada  
se escucha en este aposento?

Voy creyendo ya... y lo siento,  
que os estorbó mi llegada.

LOPE. ¡Señor!

RAM. Vos sois el señor;  
en vuestro castillo estoy.

LOPE. (¡Mal contengo mi furor!)

RAM. ¡Festejais con gran primor!

TER. ¡Él! ¡Oh Dios!

LOPE.

¡De piedra soy!

(Escena de terrible ansiedad. El rey á pesar de su frialdad dejará ver sus miradas fieras.)

RAM.

¡Luces... manjares!... pregona  
tal riqueza gran fortuna,  
y vuestra amistad abona...  
ilustre Lope de Luna!...

¡Mas qué miro! ¡una corona!

(Examinando la escena ha reparado en la que hay en el azafate.)

TODOS.

¡Ah! (Muy bajo.)

RAM.

(Arroja primero una mirada de fuego, luego se contiene y dice con frialdad.)

¡Por el cielo!... ¿Qué vi!!...

¿Mi llegada adivinasteis  
y ese emblema preparasteis,  
noble Luna, para mí?

¡Alegria me causasteis!

(Toma la corona, arroja el capacele que le cubria la cabeza, y se la ciñe.)

Aun altiva mi cabeza  
se levanta coronada,  
y en mis canas hay firmeza  
para burlar la tibieza  
de mi pobre edad cansada.  
Aun soy el rey... si el destino  
en humillarme se empeña,  
yo sabré hallar el camino  
de una alborada risueña  
que ya en mi mente adivino.

Yo haré respetar la ley  
siempre del rey soberana:  
éco de fatal campana,  
su justa cólera, el rey,  
hará que vibre mañana.  
Campana por Dios fatal,  
cuyo lúgubre sonido,  
en mi palacio real  
será un toque funeral  
que el reino escuche aturdido.  
Vosotros, que agradecidos  
y del trono defensores

- siempre fuisteis decididos,  
temblad si ois los tañidos  
de esos écos vibradores.  
Ecos que darán pavor  
al reino entero, á fé mia.
- LOPE. Esa amenaza, señor...
- RAM. ¡Me asombra su sangre fría!  
(Con ira avanzando á él.)  
¡Luna!...
- LOPE. (Con fiereza.) ¡Monarca!
- RAM. ¡Oh furor!  
como una fiera enjaulada  
me veo, su sangre ansio...  
tu traicion será vengada! (Con furor.)
- LOPE. ¡Señor rey! (Avanza.)
- RAM. (Con el dardo.) ¡Felon!
- TER. (Dominada por la situacion se coloca entre ambos  
como para defender al rey. D. Ramiro la vé, dá un  
grito, deja caer el dardo y plega sus manos.)  
¡Dios mio!
- RAM. ¡Ah! ¡mi mente fascinada!  
¡Es ella, si!... ¡Dios del cielo!
- LOPE. Adivino su locura!...
- TER. Salvadle... Calmad mi anhelo...
- LOPE. ¡Oh, furor!
- RAM. ¡Oh, desconsuelo!
- FERRIZ. ¡Qué misterio!
- TER. ¡Qué ventura!
- RAM. (Fijando la vista en Doña Teresa.)  
Es una vana ilusion  
de mis perdidos amores!...  
con ella mi corazón  
vida cobra en su emocion...  
¡Oh, si, si!... Paso ¡traidores!!  
(Todo muy rápido: el rey para dominarse arranca  
con fiereza estas últimas palabras á sus labios y vá  
hácia el fondo sin apartar la vista de Doña Teresa;  
Todos le abren calle. Asombro general.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

El teatro representa un salon cerrado y ochavado, de arquitectura gótica, en el alcázar de Huesca. Al fondo puerta de entrada: á la derecha, en segundo término, el trono: en primero una puertecilla secreta, oculta en la ensambladura. Á la izquierda, en primer término, una puerta con un cortinaje; en segundo un ajimez: un sillón y una mesa con recado de escribir, ambos blasonados, á la izquierda junto al proscenio.

### ESCENA PRIMERA.

D. RAMIRO, en el sitio de la izquierda, JIMENO, de pie á su lado.

JIMENO. Cual ordenasteis, señor,  
todo cumplido dejé;  
los satélites del conde  
cayeron en nuestra red;  
sin lucha fueron prendidos,  
que son cobardes á fé:  
la jóven se halla en mi casa,  
que aunque humilde, honrada es,  
y los bandidos en hondos  
calabozos.

RAM. Está bien.  
¿Y el judío?

:

- JIMENO. Lo mandasteis  
á este palacio traer,  
y espera ansioso ahí fuera  
el venir á vuestros pies.
- RAM. ¿Aznar?
- JIMENO. Volvió á su castillo.
- RAM. Amenazado se vé  
de gran peligro, si Luna  
llega á sospechar en él.
- JIMENO. Es leal... sabrá morir...
- RAM. ¡Oh... que yo le salvaré!...  
Haz entrar á ese judío,  
y vigila allí. (Señala el fondo.)
- JIMENO. Está bien.  
(Saluda, y sale por el fondo.)
- RAM. Quiero de tantos misterios  
el velo ya descorrer:  
¡un tropel de pensamientos  
se agolpan sobre mi sien  
como círculo que abrasa  
razon y sangre á la vez!  
¡Oh sombra desventurada  
que en el sepulcro juzgué  
velada por los ensueños  
de mi perdida niñez!...  
¡Oh recuerdos!... ¡vuestros giros  
por compasion detened!  
(Se deja caer en la mesa con la cabeza sobre las  
manos.)

## ESCENA II.

D. RAMIRO, JIMENO, que aparece en el fondo conduciendo á ELIEZER, al cual señala al Rey; este los oye, alza la cabeza, os vé y hace una seña al primero para que se retire. Eliezer baja al proscenio: el Rey le contempla sin levantarse, pero con curiosidad y avidez.

- JIMENO. Entra, judío; no tiembles.  
Te espera: aquel es el Rey.
- RAM. ¿Quién osa?... ¿Eres tú, Jimeno?...  
Me olvidaba...

(Hace una seña á Jimeno, que sale.)

Acércate. (Al judío.)

ELIEZ. ¡Gran señor!... (Arrodillándose.)

RAM. Alza y responde:

¿Cuál es tu nombre?

ELIEZ. Eliezer.

RAM. ¿De dónde vienes?

ELIEZ. Del África.

RAM. Region que mis ojos ven  
siempre en sueños, cuyo suelo  
hollar solo ambicioné.

¿Y qué buscas?... ¿qué motivo  
te trae á Aragon? ¿cuál es  
la causa por que há tres dias  
en el bosque te encontré?

ELIEZ. Un hombre... una joya busco  
de grande valor y prez.

RAM. ¿Cómo?

ELIEZ. Secreto precioso  
que ya perdido miré.

RAM. Habla, y cuenta que te escucha...

ELIEZ. ¡Señor!...

RAM. Lo sabes, el Rey.

ELIEZ. En el África ejercia  
la vida de mercader;  
al atravesar el campo  
una noche... me encontré  
un herido moribundo,  
víctima de la cruel  
ferocidad de bandidos;  
sus heridas restañé,  
agua le dí, y á la vida  
un punto le vi volver.  
«Voy á espirar... exclamó,  
y para pagar tal bien  
como me has hecho, no tengo  
nada ya... mas te daré  
los hilos de un gran secreto,  
que puede mucho valer.  
Ves á España, á Huesca; en ella  
dirígete al punto al Rey;  
dile que un hijo robado

tú se lo puedes volver...»

RAM. ¡Oh Dios! (Se levanta.)

ELIEZ. «Toma este pedazo  
de collar; la llave es  
del secreto.» (Lo saca.)

RAM. ¡Si, si! ¡es cierto!

ELIEZ. «Sin tardanza vas con él  
á la casa de un cristiano  
á quien el niño dejé,  
por no cargar mi conciencia  
con un crimen tan cruel,  
y sálvalo, que del mozo  
mas pruebas debe tener.»

RAM. ¡Y esa casa... ese cristiano!...

ELIEZ. En vano, en vano intenté  
hacerle hablar mas; ¡la sangre  
le ahogaba!... Murió, y quedé  
de tan terrible misterio  
la mitad sin conocer.  
Mas no decaí; buscando  
un rastro hasta tí llegué,  
señor, para que á mi empresa  
apoyase tu poder.

RAM. ¡Oh Dios! ¡y es cierto!... ¡y es cierto!  
¡Salta... se abrasa mi sien!...  
¡me vuelvo loco!... ¡Hijo mio!...  
¡Teresa!... ¡Oh, si, yo sabré  
descubrir cuantos misterios  
mis turbados ojos ven!  
¡Judio, tiembla si mientes!

ELIEZ. ¡Yo mentir!... ¡Dios de Israel!

RAM. ¡Jimeno! (Aparece este en el fondo.)

Pronto á mi cámara  
ese hombre conduce.—Ten  
entendido; tu cabeza...

JIMENO. ¡Señor!

RAM. Me responde de él.

(El Rey pasa primero á su cámara; tras él entran  
los dos.)



### ESCENA III.

D. LOPE, despues de una pausa, sale por el fondo manifestando su recelo en toda la escena. Á poco DIEGO.

LOPE. ¡No hay nadie!... pero no importa;  
estoy receloso á fé:  
al rey no temo, mas tiemblo  
ante el misterio, pardiez!  
que envolviéndome en traiciones  
anoche rompió mi red.  
Ese Gonzalo... no ha vuelto  
al castillo, ni logré  
la noticia mas pequeña  
de cuantos fueron con él...  
Ese Diego... si el traidor  
por ventura Diego fué  
y temeroso se esconde  
de mis castigos... ¡ay de él!

(Aparece Diego en el fondo, vé á Luna y corre á él.)

DIEGO. ¿Señor... sois vos?

LOPE. ¡Diego! (Admirado.)

DIEGO. ¡Gracias

(Escena rápida.)

al cielo que os encontré!

LOPE. Di, ¿qué has hecho?... ¿por qué anoche  
cuando juzgaba tener  
mi plan terminado, vino  
á descubrirle Luzbel?  
¿Qué has hecho? ¿fuiste un traidor?

DIEGO. Don Lope... la injuria ved  
que hoy arrojaís á la cara,  
á quien viene como juez  
para acusaros de un crimen  
inmundo: bien lo sabeis.

LOPE. ¡Insensato! (Admirado.)

DIEGO. Yo adoraba  
á una niña, á una mujer  
cuyo amor era mi vida;  
por su amor adiviné  
un nuevo mundo que daba

fuerzas á mi padecer.  
Pues bien, don Lope, esa joya  
la habeis robado cruel.

LOPE. ¡Diego!...

DIEGO. Si... débil oveja  
vuestra cadena arrastré  
quince años; mas hoy la rompo  
y al rostro os la arrojaré.

LOPE. ¡Diego! ¡Diego! (Con furia.)

DIEGO. ¡No mas mengua!

LOPE. (Hace un esfuerzo, se contiene y continúa con aparente frialdad.)

Vive el cielo... pero... bien:

Há quince años mi escudero,  
Diego de Ordaz, te nombré,  
y á cambio de darte nombre  
servirme juraste fiel.

Raza judia te vió,  
Diego, en su seno nacer;  
sin embargo, á nadie nunca  
tal secreto revelé.

Felipe de Ordaz, el viejo  
montero que en paz esté,  
te recogió bondadoso,  
con proteccion te brindé,  
y hoy víbora maldecida  
¿mi mano quíeres morder?

DIEGO. ¡Don Lope...

LOPE. Mira... cual siempre

(Sacando un pergamino del pecho.)

el pergamino guardé  
que de tu secreta historia  
es relato corto y fiel.

Este es el nudo que te ata,  
Diego de Ordaz, á mis pies.

DIEGO. Por eso vengo á romperle.

LOPE. ¿Y quíeres?...

DIEGO. Ese papel.

LOPE. ¡Deliras!

DIEGO. Otro poseo,  
de tal valor y tal prez,  
que acaso pueden sus letras

hacer la sangre correr.

LOPE. ¿Qué dices? (Con recelo.)

DIEGO. Una emboscada  
tendió traidor el infiel  
ante Fraga la morisca  
al monarca aragonés,  
cayó don Alfonso; todos  
su triste desgracia ven...  
mas nadie lo que contiene  
este pergamino fiel.

LOPE. ¡Cómo!

DIEGO. Si... vedlo.

(Sácalo y se lo muestra sin dárselo.)

Se avisa  
al moro por vos, que el rey  
caerá si redes le tienden:  
¡vos aconsejais la red!...  
¡miradlo!

LOPE. ¡Oh, Dios! (Estupefactado.)

DIEGO. Há dos años

que conservo este papel:  
lo llevé al moro, mostrélo,  
pero con él me quedé,  
talismán en que algún día  
mi esperanza vislumbre.

LOPE. ¡Basta!

DIEGO. Un cambio.

LOPE. ¡Diego!

DIEGO. Basta:

cambiarélo con el rey.

LOPE. ¡Diego!...

DIEGO. ¡Un cambio!

LOPE. Toma.

(Los cambian con pausa.)

DIEGO. Venga.

LOPE. ¡Oh!... yo te lo arrancaré. (Ap.)

DIEGO. ¡Ahora temblad!... ya soy libre;  
espia constante y fiel  
de vos seré... y á mi Estrella,  
don Lope... libertaré. (Váse.)

LOPE. (Viéndole salir.)

Necio, poco me conoces;

y si cual tú dices es  
mia Estrella... ya veremos...  
Mas gente llega... es el Rey.  
Me retiro... con los nobles  
solo debo aparecer.  
(Váse por el foro derecha.)

## ESCENA IV.

D. RAMIRO, que sale de su cámara.

Luce cual vívida estrella  
en mi mente acalorada  
mi triste historia pasada,  
que rojo furor destella.  
Sobre un abismo me veo,  
perdido juzgo encontrarme,  
cuando viene á consolarme  
la esperanza de un deseo.

(En la puerta segunda de la izquierda aparece Aznar.)

AZNAR. ¡Señor!

RAM. ¡Qué veo! ¡es Aznar!

AZNAR. Ella tras de mí camina.

RAM. ¡Ella tambien! ¡Pobre encina,

(Acariciando su cabeza.)

hoy te van á derribar!

(Doña Teresa, cubierta con un velo; corre á los pies del Rey. Aznar sale por la puerta por donde han entrado.)

## ESCENA V.

D. RAMIRO, DOÑA TERESA.

RAM. ¿Sois vos, señora, sois vos?

TER. Al llegar aquí á buscaros,  
señor, debo recordaros  
la posicion de los dos.

RAM. Es verdad: un tiempo hallamos  
que por desdicha perdimos,  
Teresa, en que amantes fuimos



y dicha sin par gozamos.  
Tú, ofrecida á un criminal,  
te arrancaron de mi lado;  
yo en cambio dejé mi estado  
por otro estado fatal.  
Ofrenda del claustro fuí  
porque al reino convenia,  
y de galan, en un dia  
¡monje, hecho monje me ví!  
Tras el claustro los dolores  
dejaron mi pecho frio...  
mas hoy comienzan ¡Dios mio!  
para él tormentos mayores!

TER. No pensemos... (Estúdiese)

RAM. ¡Es verdad!...

(¡Aun la pasion me enajena!)

TER. Voy á ser monja en Sigena,  
quiero vuestra voluntad. (Pausa.)

RAM. Trendréisla al punto; mas antes,  
señora, un nuevo favor  
quisiera...

TER. (¡Cuánto dolor!)

RAM. (Terribles son los instantes.)

Envuelta por el misterio,  
una niña primorosa  
mi hermano, que en paz reposa,  
me remitió al monasterio.

Vela por ella, me dijo,  
y yo velaba contento,  
aunque decirlo lo siento,  
porque pensaba en mi hijo.

Ella, que mi daño aplaca,  
fruto es de un amor liviano  
entre un torpe cortesano  
con la reina doña Urraca.

TER. ¿Estrella tal vez?

RAM. Si, es ella:

de entonces mi dicha fundo  
en que no adivine el mundo  
la existencia de esa Estrella.

TER. ¿Y quereis?...

RAM. Que pues que vos

en el claustro os refugiais  
á mi Estrella conduzeais  
con esas siervas de Dios.

TER. Seré su madre. (Con viveza.)

RAM. ¡Jimeno! (Llamando.)

(Aparece Jimeno.)

Escúchame: sin tardanza  
conduce á palacio á Estrella;  
doña Teresa la aguarda.

JIMENO. Está bien, señor. Sabed  
que en esa próxima estancia  
se halla la córte esperando.

RAM. ¡Ellos!

TER. ¡Oh!

RAM. ¡No temais nada!

entrad, señora, sin miedo  
y aguardadme en esa cámara.  
Tú dí que el rey los espera,  
y al punto por ella marchá.

(Jimeno sale por el fondo: el Rey conduce á Doña Teresa á la cámara real, y luego vá á sentarse en el trono, cuando la córte comienza á entrar por el fondo.)

## ESCENA VI.

D. RAMIRO, en el trono, D. LOPE, D. FERRIZ, D. GARCIA,  
caballeros, pajes y escuderos.

RAM. Esclavo de la ley, soy el primero  
la ley en acatar: el Rey aguarda  
que exponga sus deseos la nobleza  
para dejar cumplida su demanda.  
¿Qué quereis hoy de mí?

FERRIZ. Del reino entero  
en nombre llevo: por mis nobles canas,  
hoy hablaré, señor, cual cumple siempre  
á la elevada alcurnia de mi raza.  
Triunfante el castellano, nuestros timbres  
humilla sin cesar, su mano arranca  
de esa régia corona que os ceñimos  
las joyas mas vistosas y preciadas.

Tiembla Aragon al escuchar el fiero  
rumor del enemigo que amenaza  
entero devorarlo, sin que pueda  
romper el duro yugo que le amaga.  
Pronto de nuestras glorias una sombra  
vagará por el reino avergonzada.

RAM. ¿Y qué quereis de mí?

FERRIZ. Que armeis ejércitos

distribuyais tesoros á las masas  
y os lanceis al combate decidido,  
pues solo asi la salvacion se halla.

RAM. ¡Tesoros!... bien sabeis que los del reino  
no son del reino ya: nada en mis arcas  
quedó para mi bien.

GARCIA. ¿Entonces cómo  
aun rey os titulais?

RAM. ¡Fiera canalla!

vosotros en mis sienes la corona  
colocasteis, por Dios, y no la arrancan  
de mis sienes sin mal! ¡Gente orgullosa!  
vuestros siniestros planes se me alcanzan:  
todo lo adiviné; mas ¡ay! si un dia  
se alza sobre vosotros mi venganza!

FERRIZ. Pues bien, oid: en el augusto nombre  
os vuelvo á repetir: si hasta mañana  
tan justas peticiones no cumplisteis,  
de vuestra servidumbre se separa  
entera la nobleza: libres somos;  
al llano bajaremos por monarca.

RAM. ¡Infames! salid pronto, y que mis ojos  
ya no os vuelvan á honrar con sus miradas.  
Por Dios que no olvide mi ofrecimiento;  
¡ay si el eco escuchais de mi campana!  
¡Salid! ¡salid de aqui!

FERRIZ. No olvideis; libres,  
monarca elegiremos.

RAM. ¡Dios me valga!

FERRIZ. Tu postrer decision esperamos  
en una de esas próximas estancias.

RAM. ¡Si, si, esperad!... (Con fiereza.)

¡Oh Dios! ¡me siento loco! (Ap.)

LOPE. ¡Cual nunca me amedrentan sus miradas!

(Todos se alejan. El Rey baja á sentarse en el sillón.)

## ESCENA VII.

. RAMIRO, sentado en el sillón con la cabeza entre sus manos. D. LOPE, en el fondo, observándole.

RAM. ¡Cuánto me cuestas, corona!

¡Corona, cuánto me cuestas!

¡Ay, si arrancarte pudiese!

LOPE. Si á ofrecerle me atreviera...

nada arriesgo; es una tabla  
que en su naufragio le queda.

¡Señor Rey!...

RAM. ¡Luna! ¡qué es esto!

¿Otra humillacion me resta?

LOPE. Vengo de paz, don Ramiro:

vengo á ofreceros mi diestra.

RAM. ¡Tu apoyo!...

LOPE. Si.

RAM. ¡Dios me valga!

mi humillacion prefiriera!...

LOPE. ¿Un insulto?

RAM. ¡Atrás! no juzgues,

don Lope, que me amedrentas.

LOPE. ¡Don Ramiro!

(Avanza con ferocidad. Doña Teresa sale á colocarse  
entre los dos.)

TER. ¡Atrás!

LOPE. ¡Mi esposa!

RAM. ¡Ella!

TER. ¡Cielos!

LOPE. ¡Oh sorpresa!

¡Ella, liviana, á buscaros!...

RAM. Don Lope, tened la lengua:

vino á dar de un hijo mio

leves noticias inciertas.

LOPE. ¡Un hijo!

RAM. Si, por judios

arrebatado.

LOPE. ¡Si fuera!...



- RAM. Ese niño es hijo mio;  
por él cambio mi diadema.
- LOPE. ¡Nombrariais favorito  
á quien os trajese nuevas?
- RAM. ¡Mi sangre es suya!
- LOPE. (¡Contemplo  
alcanzada mi grandeza!)  
Tomad, tomad:  
(Le dá con precipitación un pergamino, que será e  
que cambió con Ordaz; mas recuerda luego, dá un  
grito terrible y se echa atrás. El Rey se sorprende.)  
¡Ah! ¡qué hice!  
¡No... no leais!...
- RAM. ¡Oh sorpresa!  
¡Qué hay en este escrito?  
(Doña Teresa lo toma de las manos del Rey, lo lee y  
lo rompe, arrojando los pedazos por la ventana.)
- TER. ¡Cielos!  
¡qué leí!... ¡mi pecho tiembla!
- RAM. ¡Traed, señora!
- TER. Hoy, don Lope,  
os salva doña Teresa.
- LOPE. ¡Oh rabia!... ¡Temblad, Ramiro!  
¡aguardamos la respuesta!  
(Sale por el fondo.)
- RAM. ¿Será posible? ¡asi todos  
conmigo á su placer juegan!  
¡Oh! ¡no puedo!... ¡yo no puedo!...  
¡tengo sed de sangre!... ¡Afuera!  
(El «Afuera» con frenesí. Doña Teresa entra en la  
cámara real.)

## ESCENA VIII.

D. RAMIRO, luego LUPO.

- RAM. De todos abandonado,  
como acorralada fiera  
me veo, sin que ninguno  
apoyo leal me ofrezca.  
¿Soy débil para vengarme?...  
no, me dá valor la afrenta!  
Afrentado estoy, y juro

que me vengaré!... ¡No acierta  
mi pensamiento á crear  
castigos que dignos sean!

¡Quién me ayudará? ¡Dios mío!

¡Cómo abatir la soberbia  
y el orgullo de esas gentes  
revoltosas y altaneras!

¡Señor... ayuda á mi mente!

¡Mente, inventa! ¡mente, inventa!

(Queda con la cabeza entre las manos: en esto, y  
en medio del silencio, se escuchan afuera los ladri-  
dos de un perro de ganado: el rey se yergue en el  
sillon, alza la cabeza, deja dibujar una sonrisa y  
dice muy bajo y arrastrando la palabra.)

¡Ah! ¡ya me ha escuchado el cielo!

¡Es Lupo, si, quien se acerca!

¡Él es!

(Lupo aparece en traje de pastor y con muestras de  
fatiga, en la segunda puerta, izquierda.)

¡Lupo!

LUPO.

¡Señor!...

(Besándole de hinojos la mano,)

RAM.

Alza:

no se retarde tu lengua:

¿viste al abad? ¿has cumplido

(Con suma impaciencia.)

mi mandato? ¡Con presteza

habla, que espero con ánsia!

LUPO.

Cumplido el mandato queda.

RAM.

¿Y qué dijo?

LUPO.

Nada dijo.

RAM.

¿Será verdad? ¡Oh sorpresa!

¡asi me olvidó... cual todos!

¡oh destino! ¡oh suerte adversa!

LUPO.

(En sentido narratorio y sencillo. El rey vá alzando  
la cabeza y concluye por oír con avidez.)

Al monasterio llegué,

franquéaronme la puerta

al enseñar vuestra daga;

me llevaron á la celda

del abad, que es un buen hombre

de sobrada corpulencia.

Le dí el escrito, leyó,  
calló, movió la cabeza  
sin articular palabra;  
abrió á su cuarto la puerta,  
me hizo seña, sin hablar,  
que le siguiese á la huerta:  
ya en el jardin, en la mano  
tomó una vara pequeña,  
avanzó por los senderos  
donde las flores mas bellas,  
por entre verdes murallas  
se levantaban soberbias,  
é hiriendo con la varilla,  
que lástima daba verlas,  
á las mas altas, tronchadas  
venian á caer en tierra.

RAM. ¿Y no hizo mas? (Con intencion.)

LUPO. De capullos  
y hojas dejó bien cubiertas  
el ilustre abad, del huerto  
las solitarias veredas:  
concluyó, volvióse á mí,  
con faz adusta y severa,  
«vé, me dijo, cuenta al rey  
lo que viste:» con presteza  
tomé el camino adelante  
y aqui estoy ya con la nueva.

RAM. ¡Basta! ¡Lo entendí!... (Con fuerza.)

LUPO. Señor...

RAM. Seguir el consejo es fuerza:  
Ven, Lupo, ven; mi venganza  
¡hoy aterrará sangrienta!  
(Vánse por el fondo.)

## ESCENA IX.

DOÑA TERESA sale de la cámara real trayendo al JUDIO de la  
mano y con ansiedad. Luego ESTRELLA y JIMENO.

TER. ¿Qué dices? ¿será verdad?

¿No me engañas?

ELIEZ. No señora.

- TER. Habla, Judio; lo implora  
de una madre la ansiedad.  
Una peregrina historia  
(Con el collar en la mano.)  
tiene esta joya preciada:  
toda una historia pasada  
se levanta en mi memoria.
- ELIEZ. Á tu hijo buscaremos,  
señora, con doble afan.
- TER. Mis ambiciones estan  
en hallarle.
- ELIEZ. Le hallaremos.  
Por él los mares crucé,  
y vine por él aqui;  
ayer lo ansiaba por mí,  
mas hoy por tí lo ansiaré.
- TER. ¡Gracias!... ¡premiarte querria!  
¡Una nueva luz destella!...
- ELIEZ. Se acerca gente.  
(Mirando hácia la segunda puerta izquierda.)
- TER. (Mirando tambien.) ¡Es Estrella!
- JIMENO. ¡Ella!  
(Al aparecer con Estrella en dicha puerta y señalando á la Condesa.)
- EST. ¡Señora!
- TER. ¡Hija mia! (La abraza.)
- EST. ¿Sois vos, señora?
- TER. Tu madre  
desde este instante seré.
- EST. ¡Cuánto gozo!... ¿mas podré  
abrazar á padre ahora?
- TER. Pronto vendrá.
- EST. Le tenia  
que pedir ruborizada  
una cosa reservada  
que mucho me agradaria.
- TER. ¿Qué es ello?
- EST. Buscar á un hombre.  
jóven, y galan rendido,  
que su amor me ha prometido.
- TER. ¿Y sin nombre?
- EST. Tiene nombre.



- Es un pobre aventurero  
y Diego de Ordaz se llama:  
él hizo brotar la llama  
de mi dulce amor primero.
- TER.     ¿Y un medio podrás mostrar  
por el que den con su huella?
- EST.     Tiene para hallarle, Estrella,  
los pedazos de un collar.  
(Lo saca. Asombro en la Condesa y el Judio, que lo  
reconocen con avidez.)
- TER.     ¡Dios del cielo!
- ELIEZ.     ¡Qué portento!
- TER.     ¡Es él, si!... ¡mi pecho alienta! (Al Judio.)
- EST.     ¿Le conoceis?
- TER.     Si... mas cuenta...  
(Con indecible ansiedad.)  
¡no tardes!... ¡morir me siento!  
Habla... dá pruebas mayores...  
el llanto ¡ay Dios! me sofoca.
- ELIEZ.     Señora...
- EST.     ¡Oh Dios! ¡está loca!
- ELIEZ.     ¡Gente llega!
- TER.     ¡Esos rumores!...

## ESCENA X.

DICHOS, D. RAMIRO, HIDALGOS, PAJES y ESCUDEROS, vienen por el fondo. El Rey vá á sentarse en el trono: la Condesa, Estrella y el Judio quedan á la izquierda.

- RAM.     Vasallos, cuantos leales  
hoy contemplo en derredor,  
escuchad: ya del castigo  
la terrible hora llegó.
- TER.     ¡Me dá espanto!
- EST.     ¡Me estremece!
- ELIEZ.     ¡Su rostro infunde terror!  
(Á una seña del Rey, la puertecilla de junto al tro-  
no se abre, y deja oír un éco acompasado de cam-  
pana.)
- TER.     ¿Qué pasa aquí que me espanta?
- RAM.     ¡Escuchad todos!

TER. ¡Gran Dios!

RAM. Una campana ofrecí  
cuyo fatídico son  
desde Castilla hasta Francia  
llevase el viento veloz;  
pues la campana ofrecida  
á fundirse comenzó:  
abajo en oscura bóveda,  
son víctimas de un sayon  
quince nobles, que rebeldes,  
mi justicia designó,  
porque manchar intentaron  
del trono el régio esplendor.

TER. ¡Venganza horrible y sangrienta,  
cual nunca se imaginó!

(La multitud manifestará en sus movimientos su  
terror.)

RAM. Oid, que es de mi castigo  
cada tañido una voz,  
y una víctima señala  
cada fatal vibracion.

(Al Herald, que se ha presentado.)

Llegad, mi Herald, llegad,  
y publicad sin temor  
los nombres de esos rebeldes  
que mi verdugo humilló.

(El Herald se adelanta y lee con pausa; los tañidos  
de la campana suenan de tarde en tarde. Asombro  
y espanto general.)

HERALDO. Mueren don Sancho Fortuna,  
Jimenez el infanzon,  
Ferriz de Lizana, Peña,  
Vidaure, Vergua y Azlor,  
Cornel, Foces y Atrosillo,  
Luesia, Martinez, Sanchon,  
don Lope Ferrench de Luna  
y Diego Ordaz.

(La Condesa, Estrella y el Judio dan un grito: asom-  
bro general. El Rey baja del solio y vá hácia ellos.)

TER. ¡Dios de Dios!

¿Diego Ordaz dices? ¡mentira!  
di que mal lo pronunció

tu labio.

RAM. Diego es tambien  
castigado por felon,  
digno esclavo favorito  
de su criminal señor.

TER. ¡Mentira!... ¡hombre fiero, mentes!  
¡Tu mente no adivinó (Bajo.)  
que un misterio aqui se esconde  
asombroso, aterrador?

RAM. ¡Qué decis?

TER. Mira... ese Diego  
(Le dá los dos pedazos del collar.)  
es tu hijo; tengo yo  
entré mis manos la prueba...  
¡Nuestro hijo!

RAM. ¡Maldicion!  
¡Y yo le mato!... ¡apartad!

TER. ¡Hijo!

RAM. (Vá á ir á la puertecilla de la derecha.)

¡Diego! ¡Lupo!

TER. ¡Horror!

RAM. ¡Le matarán sin remedio!

TER. ¡Vuela!

RAM. ¡Dios mio!

EST. ¡Perdon!

(En este momento aparecen en la puertecilla, derecha, Lupo y Diego. Asombro general. El rey se domina. Doña Teresa abrázase frenéticamente con su hijo.)

TER. ¡Hijo del alma!

RAM. ¡Qué veo!

EST. ¡Diego!

TER. Mi dicha encontré.

RAM. ¡Diego! ¡Lupo!

LUPO. Le salvé  
por cumplir vuestro deseo. (Al rey.)

«Estrella es todo mi amor,»

deciais, señor; á Diego

adoraba Estrella, y luego

Diego fué su salvador. (Bajo.)

TER. ¡Hoy le salva su inocencia!

RAM. Le salva de Dios la mano.

- TER. ¡Bendito seas, anciano! (Á Lupo.)  
LUPO. ¡Bendita la Providencia!  
DIEGO. ¡Será verdad lo que oí?...  
TER. Esto lo explica mejor. (Le besa.)  
DIEGO. ¡Madre mía!  
EST. ¡Dulce amor! (Ap.)  
RAM. (Tomando á Doña Teresa aparte.)  
¡Compadeceos de mí!  
Dentro del pecho encerrado,  
tiene el destino fatal,  
el cariño paternal  
de mi Diego idolatrado.  
Condesa, lo quiere Dios:  
que nunca el secreto entienda;  
mas ¡ay! haced que comprenda  
que vos le amais por los dos.  
¡Diego! ¡mi Diego!...  
(Vá á Diego y le abraza con ternura.)  
¡Callad,  
afectos del pecho mio!  
¡en Dios tan solo confío!  
(Haciendo un esfuerzo.)  
Si... ¡Vasallos, escuchad!  
Ya de la traidora grey  
castigué el feroz encono,  
desde hoy vereis sobre el trono  
de Aragon, un solo rey. (Con fuerza.)  
Pronto al llano bajaremos  
tremolando las banderas,  
y del reino las fronteras  
combatiendo ensancharemos.  
Lo que al contemplaros goza  
mi mente, expresar quisiera;  
¡Zaragoza nos espera,  
valientes!
- TODOS. (Con los aceros desnudos.) ¡Á Zaragoza!
- RAM. (Adelantándose con el grupo de Doña Teresa, Diego, Estrella y Lupo.)  
Á lidiar corro, señora;  
rogad por el triunfo al cielo.
- TER. Ramiro...
- RAM. ¡Dadla consuelo!



(Señalándole á Estrella.)

¿Llorais? ¡dichoso el que llora!

Teresa... ¡Dichosa vos!...

Es polvo la vida humana;

¡solo es grande y soberana

la Omnipotencia de Dios!

(Doña Teresa abrazada á Diego, Estrella á Lupo; el rey en el centro de estos dos grupos eleva los brazos al cielo: todos se inclinan; cae el telon con toda la rapidez posible.)

### FIN DEL DRAMA.

---

Habiendo examinado el presente drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 10 de Octubre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.



## AL QUE LEYERE.

La historia de Aragon; ese manantial inagotable de bellezas, hoy por desgracia casi ignoradas, ofrece siempre ancho campo á la imaginacion del poeta. La tradicion de la tan célebre campana de Huesca, tradicion respetada hasta el dia, y combatida en el dia por ese espíritu material que vá extendiendo su dominio sobre cuanto lleva impreso el sello de poesia, ha servido en varias ocasiones á dramáticos y novelistas de favorito argumento para sus obras. El teatro español del siglo XVII contaba ya entre las innumerables comedias con que fabricaba su mas hermoso monumento el inmortal *Lope de Vega*, á la tan famosa *Campana de Aragon*, obra dramática del Fénix de los Ingenios, mejor pensada que escrita, y el teatro moderno, hace algunos años, cuando el romanticismo puro vigorizaba á la decaida dramática española, el laureado autor del *Trovador* añadía una joya mas á su corona con su popular *Rey Monje*.

Al proponerme yo á mi vez probar fortuna con tan conocidísima tradicion, hícelo mas bien llevado de un arranque de cariño y simpatia hácia la historia de un pais que tantos títulos tiene para mí de admiracion y respeto, que no creyendo ganar prez con tal osadia.

He procurado pintar á Ramiro como la historia nos lo dá: si algunos hallan el cuadro demasiado sombrío, culpen á la época que retrata, no al poeta.





# OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

---

EL TRIBUNO DEL PUEBLO.....	Drama en tres actos.
EL BUITRE DE PROMETEO.....	Drama en tres actos.
EL ECO DE LOS SIGLOS.....	Loa en un acto.
LA HIJA DEL MAR.....	Zarzuela en un acto.
EL CAUTIVO EN ARGEL.....	Drama en un acto.
CERVANTES.....	Drama en tres actos.
UNA NOCHE DE REDENCION.....	Drama en tres actos.
GUERRAS DE FLANDES.....	Drama en tres actos.
ZARAGOZA EN 1808.....	Drama en cuatro actos.
PABLO Y VIRGINIA.....	Drama en tres actos.
UN NOBLE DE HORCA Y CUCHILLO.	Drama en tres actos.
RUTH.....	Drama en tres actos.
EL VIAJE AL PARNASO.....	Loa en un acto.
LA CAMPANA DE HUESCA.....	Drama en tres actos.



Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid á vista de pájaro.  
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.  
Ninguno se entiende, ó un hom-  
bre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á río revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premio y castigo, ó la conquis-  
ta de Ronda.

Que convidó al Coronel!...  
Quien mucho abarea.  
Qué suerte la mía!  
Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres; tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas feo.

Clavevina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
veedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calesero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Centa y en Marruecos.  
El león en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
El Vizconde de Leflorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loe de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisione-  
ras de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,  
primer segundo de la izquierda.





3 0112 115876788

## PUNTOS DE VENTA.

MADRID; Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete .....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante .....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona .....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia .....	Gutierrez é hijos.
Burgos .....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta .....	Molina.	Ronda .....	Gutierrez.
Ciudad-Real....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba .....	Lozano.	Sanlúcar .....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C.de Tenerife	Power.
Fuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija .....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Ciguera.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana .....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro .....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca .....	Guillen.	Toro .....	Tejedor.
I.de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia .....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid .....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño .....	Verdejo.	Ubeda .....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	La .